

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRESA: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Geopolítica extremeña	3	Narciso Sánchez Morales.
Llamas de Capuchina	11	José Canal.
A Pedro de Lorenzo	12	Fernando Bravo.
Monasterio de San Francisco el Real	14	Ricardo Hurtado de San Antonio.
Luna en el zarzal	24	Alejandro de Arroyo.
José Antonio García Blázquez	29	Valeriano Gutiérrez Macías.
Jesús clavado en la Cruz	33	Matilde Camús.
Aniversario	34	
Ha muerto Gregoria Collado	35	Pedro Chico y Rello.
La Virgen, el más grande amor de doña Gregoria Collado	37	Fray Antonio Corredor.
Soliloquio	41	María Dolores de Vera.
Y ahora que sientes que todo el mundo tuyo	42	Verónica Pedemonte.
El novio de Elena (cuento)	43	Arsenio Muñoz de la Peña.
Poesía y Juventud	50	María Rosa Vicente Olivas.
Arte	52	J. A. Oliver Marcos, C. Callejo Serrano y C. C. S.
Con la Virgen de las Angustias	58	Manola Pérez de Pérez de Villar.
Crónica	59	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones	67	José Canal, Anteo, Valeriano Gutiérrez Macías, J. A. Oliver Marcos y C. C. S.
Noticia de Revistas	75	
El Premio Cáceres	76	

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXIX

ENERO-FEBRERO-MARZO 1974

Núm. 174

Geopolítica extremeña

Por Narciso SANCHEZ MORALES



UENO será anotar, para disipar las nubes contaminadoras de algunos incomprensivos o cortos de inteligencia, que toda esta serie de escritos dedicados a mi amada Extremadura, tan abandonada y por ende, tan postergada con relación a otras regiones de España, obedece no a una intención malsana de independencismo regional, — porque se necesita tener muy poco fósforo en el caletre para imaginarse la independencia de lo que no es nada o sólo algo en potencia, — sino a un deseo incontenible de ver redimida, de una vez para siempre, a nuestra no pobre sino depauperada Extremadura. Los hijos de esta tierra parda, la progenie de los «castúos», hemos siempre tendido a dar a la Patria más provincias ultramarinas que reinos se integraran en la misma. Huelga, pues, lanzar saetas envenenadas contra los pocos guerrilleros que quedan, saetas que pudieran volverse contra esos cortos de inteligencia y mezquinos de corazón. Seguimos en nuestro aserto: siendo hombres de cuerpo entero, con los pies bien clavados en la patria chica, la primera de las patrias y raíz de todas las demás; con el cuerpo o tronco en la Patria España; y con la cabeza, de frente despejada y aun larga cabellera, vuelta a todas las direcciones de la rosa de los vientos. porque como

hispano e ibero no hemos perdido la mirada universalista de nuestros misioneros, teólogos, filósofos y conquistadores.

Y tras este escolión, —a manera de férreo escudo que repele las envenenadas flechas contra mí lanzadas,— voy a dedicar unas líneas a lo que pudiéramos definir como la geopolítica de Extremadura. En esta batalla que hemos entablado la mayoría de los sanos extremeños para liberar a Extremadura hay que seguir en gran parte la doctrina y modos de actuar de la milicia. Necesitamos grandes estrategias y ágiles tácticos, es decir, una acción general desdoblada en múltiples acciones particulares con el único nexo entre todas ellas de «aboutir» o apuntar al objetivo general y básico; la liberación de la Región, en igualdad con las demás regiones españolas. Para lo primero se necesita crear una consciencia extremeña, consciencia a despertar en todos los extremeños a partir de su formación general básica, y consciencia que hay que impartir a todos aquellos que ejerzan y representen a las delegaciones del poder central. Es imposible empeñarse en esta batalla si no estamos inmersos en esta consciencia extremeña, española y universalista. Luego vendrá la plasmación de las pequeñas batallas: la ya ganada de la Universidad y esas otras que venimos apuntando en nuestros escritos: sociales, económicas, industriales y culturales. Se necesita para estas batallas parciales un verdadero arte de la guerra, una táctica especial que arranque al enemigo, a la desidia de los extremeños y al abandonismo de la administración, estas sus fáciles presas cuales son: incultura, subdesarrollo y emigrancia.

Mas todo este juego de acción general estratégica y acciones parciales tácticas presupone un conocimiento, general y particular, del campo de operaciones y del hombre que lo puebla. Hay que percartarse de los factores físicos y humanos de nuestra Región, conocer a las mil maravillas la geopolítica de Extremadura. La «gea» o tierra extremeña es como el fragmento de un pentagrama arrancado a la sinfonía incompleta de la Región: cinco líneas de cordilleras y ríos en cuyos intervalos duermen las notas del «Opus n.º 1», de la obra maestra musical que ha de proyectar a los espacios infinitos el alhaya de una definitiva resurrección.

Sobre este fenómeno físico al que, no con mucho acierto, se le ha partido en dos con las designaciones de Alta y Baja Extremadura, habría que profundizar y rectificar, pese a tener que superar clisés ya desfasados e inservibles. Una simple ojeada sobre el mapa regional, limitado al norte y sur por las cordilleras central y mariánica, ligeramente surcado por la oretana y perfectamente horadado por

Tajo y Guadiana que corren al Atlántico, nos da una Extremadura tripartita: Alta Extremadura, Mesoextremadura y Baja Extremadura. La carencia de afluentes a la izquierda del Tajo y a la derecha del Guadiana nos insinúa esa Mesoextremadura, cascote de berrocales y areniscas, con los reducidos oasis de campos de Brozas, Trujillo y sur de Cáceres. Luego, tanto la Alta como la Baja Extremadura, nos regala con lo que pudiera constituir la huerta de España.

Pero hay algo más: tanto por saliente como por poniente Extremadura está abierta a los influjos del centralismo peninsular así como lo prolonga hacia el Oeste, sin detenerse en ese mal levantado Telón de Corcho que rompe con el siamismo histórico de España y Portugal. Hasta la suave pendiente hacia el Atlántico de la plataforma extremeña nos está indicando que hemos de constituir como una especie de puente para las corrientes comerciales y culturales que han de religar España con Portugal. No olvidemos lo que hace unos días manifestaba el almirante Nieto Antúnez al hablar de nuestras relaciones con Portugal: «Es nación hermana, hasta el extremo de que somos siameses y lo que suceda en la otra nos atañe a nosotros. Hay que vivir hermanados», (*Ideal Gallego*, 29.3.73). El factor físico, el geográfico, nos elimina tanto el telón telaraña que a veces nubla las relaciones interprovinciales de Cáceres y Badajoz, como el Telón de Corcho que rompe sangrientamente el siamismo natural entre España y Portugal. La situación de la tierra, estratégicamente está clamando por una revalorización industrial y cultural, como puente maravilloso que suelden la rotura peninsular. Dejo para posterior trabajo el estudio del fenómeno humano, del «zoon politikón» extremeño.

II

Ya sé que lo anteriormente escrito, en el que he estudiado el factor físico o gea de Extremadura, está hecho a vuela pluma. Ha sido más bien un enmarcamiento sin haber profundizado en el rico subsuelo mineral, en el fertilísimo suelo vegetal de la mayoría de la zona extremeña, y en el clima tan propicio para ciertas producciones agrícolas en las vegas del Tiétar, Jerte, Alagón y Guadiana.

Ni siquiera he subrayado los caudales de sus dos grandes ríos, caudales un tanto defraudados por atenciones a otras regiones, pero que la administración intenta compensar con centrales nucleares y complejos industriales, en Tajo y Guadiana, respectivamente. Nada dije de la pobre infraestructura con esa cruz tan pobre y leñosa de

redes, muy ralas, de carreteras, vías férreas, y nulas aéreas. Extremadura es, en lo físico, toda una promesa, un edén inexplorado y, si acaso, una tentación para entrar al garute de sus mejores frutos. ¿Verdad valencianos, catalanes, salmantinos y, en general, foráneos? Nada de eso; hay que naturalizarlos en extremeño y como españoles todos, explotar «in situ» un bien que es nacional y de todos. ¿Porqué escamotear el origen del mejor tabaco, pimentón, arroz, maíz, girasol, vino, aceite, lana y productos cárnicos? Que prestigio y dinero rediman, ante todo, Extremadura y su gente.

Sobre el factor humano, «el zoon politikón» extremeño, ha escrito y hablado largo y tendido. Es el factor determinante de la geopolítica extremeña, el que puede compensar los fallos de éstas, explotar las ventajas y mejorar los beneficios. Hay que aceptar, mejor dicho; partir del ser extremeño, tal cual es en el momento presente, ser que como todo otro cualquiera ha venido determinado por la historia y por la tierra:

«Ellos saben que la tierra labrantía,
sería, llana y arrogante los recuestos,
es la jembra que mantiene muchos hijos
con la juerza de la savia de sus senos,
y es la madre y es la novia y es la hermana...»

escribía nuestro Chamizo en los «Consejos del Tío Perico» sobre nuestros padres que «cavilando tras las yuntas, descubrieron que los campos de su Patria y la madre de sus hijos son los mismos». Es el telurismo celtibérico del extremeño.

Pero este telurismo celtibérico, este apego atávico a la tierra, está a punto de transformarse en algo muy diferente a la consuetud esclavitud de la gleba. Ciertamente que esta plataforma extremeña ha estado sometida a un balanceo de centrifugismo y centripetismo, en el que siempre ha pesado más el segundo de los movimientos indicados, pero no han faltado sacudidas al exterior: si era de las capas o estratos superiores, de los señores afeudalados o latifundistas, el desarraigo era total, de cuerpos, bienes y espíritu, triste sino de los pueblos inferiores; mas si era de los sectores masivos del pueblo bajo — diríamos mejor, alto de espíritu, pero carente de medios — su emigración era puramente corporal.

Aquellos singulares conquistadores y los inúmeros satélites menores que les acompañaban, añoraban la patria, la grande y la chica, y a ella retornaban, si no sus personas, al menos sus bienes y años

ranzas. Caso parecido es el de la emigración actual que, al poseer y llenarse, sólo saben vaciarse en sus envejecidos pueblos, pero que ella trata de rejuvenecer con sus bienes bien sudorosamente adquiridos. Hermosa labor la de esos Centros Extremeños y la de esas Cajas de Ahorros regionales si logran encauzar estas adineradas nostalgias, empleando «in situ», en Extremadura, los muchos caudales, de estos emigrantes. En resumen, la emigración de los poderosos fue de personas y caudales, más o menos bien empleados o gastados fuera de la región productora; la emigración, en cambio, de los obreros morenos de nuestra gleba, fue siempre pasajera, retornando a la tierra, a la espalda, al tesoro de sus deudores. ¿Lograrán esta vez que la madrastra se comporte como madre? Más que ellos, de nosotros depende.

Se opone a ello otro rasgo o genes que caracteriza al ser extremeño: su individualismo, causa de raras heroicidades, fuente de esa posterior postergación masiva que lo anula, y envilece. Creo que es llegada la hora de reconocer este regional defecto y superarlo a base de abrirnos a aquellos que desde fuera y llegando a dentro nos está demostrando que no es tan difícil la industrialización de la tierra si sabemos trabajar comunitaria y subsidiariamente. Hay que renovarse, mezclarse y asimilar nuevas sangres, para hacer de Extremadura huerto de Europa.

III

Un tanto me ha ahorrado el señor Santos Marín, con su acurada glosa a nuestro Chamizo, el profundizar en ese telurismo tan característico del «zoon politikón» extremeño. Pero el lúcido comentario del crítico de la Alta Extremadura sobre el númen poético de la Baja no evita que yo, recriado en la Mesoextremadura, esa austera y sincera madre de frutos hechos de raíces y troncos, incida en un estudio tal vez más desgarrado, sobre el ser extremeño. El lector de la patria chica perdonará mi línea masoquista, brotada, no tanto de mis escarceos filosóficos por los confines danubianos, donde naciera el mismísimo Sacher Masoch —, que por cierto tiene dedicado en Viena un modernísimo hotel donde yo me alojara—, sino de un amor, tal vez desmesurado por esta tierra que, sin serlo, se comporta como madrastra. El problema o pregunta que se plantea todo extremeño es el de descifrar su futuro, si es posible volver a ser lo que fue o tiene que conformarse con el dolor de haber sido ya. Pudiéramos decir que nuestra existencia se balancea entre la desesperación y la

esperanza: estamos encadenados como Prometeo, sujetos por la cadena del subdesarrollo y no hay Hércules que nos libera. Tal vez nos falte el arrojado de Sísifo, el remover la piedra montaña arriba, y de ahí, que nos invada la angustia de Tántalo, siempre soñando con la liberación de nuestra pobreza, nunca degustando el ansiada agua que alivie la sequedad de nuestros labios. Descartado el sisifismo extremeño, —no se ve que nuestro pueblo se embarque en empresas de estilo moderno — quedamos enmarcado entre un prometeísmo y un tantalismo. Las élites intelectuales: poetas como Pacheco, Valhondo, Alvarez Lencero, José Canal y tantos otros; escritores como Pedro Caba, Adolfo Maillo, Pedro de Lorenzo, Fernando Bravo, etc.; artista como Avalos y Pérez Comendador... son prometéicos; la masa, en cambio, es más bien tantálica, se encuentra ahita de liberación, con el agua al cuello, entre la desesperación y un pequeñísimo rayo de esperanza. Estamos viviendo todos el desgarramiento entre un ideal, que, por no conseguido, se queda en utopía, y la triste realidad de un palpable desarrollo. ¿Es posible la liberación? ¿El Hércules o poder liberador ha de surgir de entre nosotros? ¿o, acaso, y lo que es peor, es todo eso de los conquistadores un tabú que hay que barrer, borrando de nuestra mentalidad todo eso de volver a nacer, de sacudir el dolor de haber sido, y no más bien, que estamos entre dolores de parto para nacer de una vez para siempre? ¿Renacer o nacer? Si estudiamos a fondo la cuestión hemos de inclinarnos, aunque nos tilden de masoquista, de que el pueblo extremeño, como tal, no ha nacido aún; que somos un pueblo joven con un ansia incontenible de ser algo en la vida, de tener nuestra propia vida, de figurar en el tablero nacional, al menos como alfil; luego vendrá eso de ser caballo, torre o rey. Mas lo primero que deseamos es el tablero, bien señalado y cuadrilicado, con sus tintes blancos y negros: con lo que podemos hacer nosotros y nuestra tierra; y con lo que deben hacer aquellos que nos gobiernan. Hay fallos por ambas partes: por la Administración, al no acabar de soltar prendas, por nosotros, por no romper de una vez para siempre el vientre que nos retiene en la inexistencia. Es un parto difícil, distocócico como dicen los médicos; de ahí, la necesidad de ginecólogos especialistas.

Reconozcamos nuestra situación tantálica y seamos comprensivos con aquellos que burlaron las aguas y, sumergiéndose en ellas, llegaron a aparecer en seguras orillas: los capitalistas en Madrid, los pobres en la emigrancia interior y exterior. La huida, por lo general es de cobardes; pero hay una huida perfectamente justificable, la de aquellos que por no morir se acogieron a trabajos forzados, en el

resto de España o en el extranjero. Necesitamos un Hércules que nos libere: a los intelectuales de ese pesimismo masoquista que, como el águila de Prometeo, nos desgarrará día a día las entrañas; a la masa del pueblo extremeño de esa sed de liberación, tan aireada por los aires a través de las pequeñas y grandes pantallas, sed que no mata, pero angustia y atosiga. Perdonad, repito este mi aparente masoquismo; no me deleito, sufro y lloro al escribir estas líneas: es la triste realidad extremeña.

IV

Me gusta siempre el resumen, condensa en cuatro notas lo que pudiera ser el motivo de toda una sinfonía. Cuando se ataca no se puede andar con filigranas: hay que ir directo al objetivo, aunque el definitivo suponga otros intermedios, bien para asegurar la consecución del último, bien para recobrar nuevas fuerzas y visar más claro ese postrero y definitivo objetivo. Es el nuestro algo así como el nacimiento del Ser Extremadura, algo que hasta ahora no se ha dado más que en barruntos, que eso fuera toda la historia real de los conquistadores de Iberoamérica. Si no manchara mi imagen a la religiosa del Evangelio, yo diría que todo eso del pasado glorioso de Extremadura no fue más que el palpito gozoso del Bautista en el vientre de Isabel: un anticipo, un halo de lo que debe ser la existencia de Extremadura, sin repetición del cuadro macabro de verla degollada y anulada para servir de capricho sensual y lúdico de nuevos Herodes y Herodias.

Sería terrible que fuéramos sacrificados como lo fue el Bautista. No; nuestra Administración gobierna más sabiamente que los sibaritas tetrarcas de los reinos orientales y está esperando, si no con la misma ansiedad que nosotros, el nacimiento definitivo de nuestra Región.

Mas no miremos tanto a lo que nos pueda llegar de afuera y de arriba, sino al impulso que ha de provenir de nosotros mismos para salir a la luz del día. Ciertamente que conocemos la cara y cruz de nuestros dos rasgos esenciales, telurismo e individualismo: esa tendencia innata de todo extremeño a agarrarse a la tierra, en su aspecto positivo, y de acurrucarse y enterrarse en la misma, en el negativo, así como la natural propensión a obrar por su cuenta y riesgo, con la cara gloriosa de las conquistas en ultramar, y con la triste cruz, secuencia de la misma medalla, de encontrarse con las naves quemadas ante una fatal retirada, inútiles para esas otras conquistas

modernas de cismar en la casa propia. Sobre los mitos de Prometeo en los intelectuales, y de Tántalo, en la masa del pueblo, se repite en Extremadura, como suma de los dos estamentos, el clásico mito de Anteo: los extremeños sólo cogen fuerzas asiéndonos a la madre tierra, pero el astuto Hércules, conocedor de tal treta, nos arranca de la misma y decapita nuestras mejores empresas.

No hablo de otras propiedades de nuestro Ser Extremeño. Al curioso lector le sugiero lea con detenimiento la obra profunda de Pedro Caba, «Algunos rasgos del hombre extremeño», editada en Badajoz 1968 por la Institución de Servicios Culturales de su Diputación Provincial.

Quede como resumen de este mi cuatripartito ensayuelo el asentar que Extremadura se está gestando envuelta en la placenta de esa tierra parda chamiciana, que todo eso de los conquistadores, sin llegar a ser del todo un tabú—desgraciadamente para algunos autóctonos lo es y nos consta lo es ciertamente para la mayoría de los metecos—no es más que un preanuncio luminoso de lo que será Extremadura, un salto jubiloso, a lo Bautista, en el vientre de la tierra. Quede claro que nos afecta a los extremeños el dolor orteguiano de haber sido ya, sino los dolores de parto, al que tal vez se haya de ayudar con fórceps o cesárea.

Nuestra epopeya, la que estamos escribiendo actualmente, tiene más de Eneida que de Odisea. Partimos de tierra quemada, de una Troya destruida por ardidés impíos y la burla de nuestra natural inocencia. Habrá que caminar, por mares tenebrosos y desiertos infinitos, como Eneas: con el anciano Anquises o la tradición auestas, de la mano y adelante el tierno pimpollo Ascanio, el futuro mejor que nos espera. Pero no nos hagamos ilusiones que habrá que escribir con sudores y lágrimas el hexámetro del poeta: «*Tanta molis erat Extrema condere Dura*», eco del auténtico: «*Tanta molis erat romanam condere urbem*».

Sólo los que hayan trabajado por esta existencia de Extremadura, por el alumbramiento de su Ser y naciencia, podrán escuchar al morir las consoladoras estrofas del mismo vate mantuano, del piadoso Virgilio: «... *coelumque adspicit et dulces moriens reminicitur Argos*»: «Muere dulcemente contemplando el cielo, en él grabado el recuerdo de Extremadura».



L L A M A S D E C A P T A C I O N E S

Era tan viejecito que parecía que sus pantalones estaban vacíos.

La calva incipiente tiene unas dunas invisibles que, lentas e inexorables, van extendiendo el desierto par el mondado cuero cabelludo.

El relámpago es el látigo que azuza los carros de guerra de las nubes,

En la *revista* de la noche celeste, la Luna es la *vedette* y las estrellas, el coro de vicetiples.

También las cigüeñas emigran de Extremadura todos los años.

El valle es el molde de la montaña.

Eso de la «llama olímpica» no es otra cosa que una hornilla de butano mitificada.

Aquella regata de traineras, era como una competición de ciempiés acuáticos.

El que dijo aquello de que «el hombre es el rey de la creación» era un monárquico *inmovilista*.

El magnetófono es el espejo de la voz, con efecto retardado.